

PREGÓN DE ZAMARRILLA 2011

Permíteme Señor una pregunta:

¿Como hacer de Tu Cruz el centro de mi vida?

Vivimos en un mundo en el que estamos rodeados de muerte y jugamos a ser felices, donde hemos declarado al progreso como dogma.

Un mundo donde la Cruz nos es esquiva al sentimiento y nos hacemos un Cristo a medida, entendible en su faceta humana y adaptado a la mentalidad presente.

¿Donde encaja el crucificado?

En este mundo en el que todos los humanismos chocan con la Cruz. Donde hoy, todavía, como en la antigua Roma, el Dios crucificado se hace incomprensible.

Fuiste y sigues siendo signo de contradicción, vergüenza para unos e irrisión para otros.

¡Ni siquiera Pedro supo comprenderte!

Y sin embargo, ¡Tú nos pides que la abracemos voluntariamente!

Y en ese intento y ante su crudeza, la hemos rodeado de rosas y la hemos convertido en señal de triunfo o sentimentalismo, porque en su desnudez es signo que contradice lo humano y razonable.

Y seguimos ciegos a la visión de que es Ella quien nos libera de las leyes y coacciones de la historia.

Me desconcierta, Señor, ver cómo nos hemos acostumbrado a vivir con Ella sin mirarla con compasión y agradecimiento. Me desconcierta que no nos pongamos ante Ella con el pecho abierto y el alma desgarrada. Y que no veamos en su contradicción la liberación de las falsas libertades.

Hoy, los cristianos, entendemos mejor el Dogma de la Encarnación. Pero si hacemos de éste el centro de la vida, mitificándolo, hasta el punto de sacar de ella a la Cruz, acabaremos por olvidar lo que la redención descubre y tiene de muerte a este mundo.

Tampoco creo, Señor, que se trate de reducir Tu Pasión a un simple ejercicio de “dolorismo”, y que lo único que cuente sea lo mucho que sufriste.

Encarnación, Cruz y Resurrección deben manifestarse en su unidad y en su diferencia.

Debemos recordar que “quien conoce el misterio de la Cruz y el Sepulcro, conoce las verdaderas razones de todas las cosas. Y quien se adentra en la Resurrección descubre el fin último por el que Dios lo creó todo desde el principio”.

Con la Cruz se produce un giro en la visión del hombre, pero mucho más, nos cambia el concepto de Dios.

La Cruz nos descubre al verdadero Dios, que no es ya un Dios de poder. Es un Dios de Amor, un Dios de servicio.

Por todo esto la Cruz es revolucionaria, porque está llamada a provocar un cambio en nuestra visión de la realidad. Pero sobre todo, a cambiar nuestra vida.

¡Cristo de los Milagros!

No nos dejes caer en la simple admiración de Tu sufrimiento, en la mera emoción de Tu contemplación, y ayúdanos a tomar nuestra Cruz y a adentrarnos en una nueva y distinta manera de vivir.

Rvdo. Sr. Delegado de Hermandades y cofradías, Rvdo. Director Espiritual, Sr. Presidente, miembros de la Junta Rectora, cofrades de Málaga, hermanos de Zamarrilla.
Señoras y señores.

Es un honor para mi, al tiempo que una gran responsabilidad, la confianza que pusieron en mi, en las postrimerías del mes de enero, mis compañeros de Junta y así me lo transmitió D. Juan García Alarcón, con su cariño y afecto de siempre: ser este año el pregonero de la salida procesional de nuestra cofradía de la Amargura (Zamarrilla).

Desde aquel instante, que quedará en mi recuerdo como uno de los más reseñables de mi vida, no solo por la trascendencia del hecho, sino por lo que supone de reencuentro con sentimientos, recuerdos e ilusiones, mi alma se sintió turbada en su paz. Y todavía hoy no salgo de mi asombro al verme ante tan docto público.

Y es que, si bien, todos los que nos sentimos cofrades tendríamos una vivencia única que contar, creo no tener merecimiento para tan alto honor.

Por eso, quiero pedir de antemano, vuestra benevolencia ante mis palabras, que no serán más que sentimientos contenidos durante años, aflorando a borbotones desde mis entrañas.

Gracias D. Antonio Román por tus cariñosas palabras con que tan dulcemente dibujas mi semblante y que siento tan inmerecidas. Tú, que el pasado año supiste conmover sentimientos religiosos desde la realidad cofrade y desde tu lírica fácil y certera, consigues con tus palabras apaciguar mis nervios para poder pregonar con orgullo la singular manera de vivir y sentir la Pasión, muerte y Resurrección de Nuestro Señor Jesucristo desde la fe de las gentes de de esta hermandad de Málaga.

Pero yo he venido aquí, ante vosotros, a desnudar mi alma de sentimientos, a mostraros lo que supone a quien se siente malagueño hasta la médula, el sentimiento cristiano desde el amor al Stmo. Cristo de los Milagros, Nuestro Señor del Santo Suplicio Y M^a Santísima de la Amargura Coronada.

Siento que hablaros de Málaga sería una osadía por mi parte. Pero voy a atreverme a llevaros a otra esfera.

Yo no quiero que la miréis con vuestros ojos, quiero que la veáis con vuestros sentidos...

Que os exalte el aroma de su azahar en las noches de primavera. Que os empapéis de la humedad de sus olas chocando contra la arena de sus calas. Que el calor de su templado sol dore vuestra piel, como las curtidas de aquellos cenacheros de otros tiempos.

Porque sí, Málaga, como ya cantaron otros pregoneros, poetas y escritores, es “la bella”, “la ciudad del paraíso”, “la dulce” o “la divina”. O como dijo Ortega y Gasset, “Málaga es una gota de luz”.

Pero, como todos sabéis, Málaga es mucho más que todos esos tópicos poéticos, mucho más que esa historia fenicia o judía, árabe o romana creando su cultura milenaria en rincones o jardines, callejuelas y monumentos para hacerla de belleza intemporal.

Para mí, Málaga son sus gentes, es este pueblo sencillo y singular, tolerante y sereno. Pueblo valiente donde los haya. Donde gentes de toda condición, de todos los oficios y profesiones y de todas las clases sociales, han sabido mantenerse, a lo largo de los años, unidos por lazos de hermandad, sin olvidar la herencia recibida y comprometidos con el futuro para seguir dando culto al Señor y a su Santísima Madre, desde el seno de las cofradías.

Cofradías que no dejan de ser centros de vida cristiana, donde su momento culmen consiste en llevar el mensaje de Cristo en su

Pasión, muerte y Resurrección, como catequesis de amor, por las calles de Málaga.

Pero no podemos olvidar que esa llama de pasión cristiana, ese milagro de fe y desprendimiento, ese espíritu entusiasta, tuvo su sustento en los barrios de nuestra ciudad.

Unos barrios, en muchos tiempos olvidados de los poderosos, donde se vertebraron las más singulares tradiciones de nuestra tierra y entre ellas la de nuestras hermandades de Pasión.

Unos barrios donde se ubicaban distintos templos y capillas de donde fueron naciendo nuestras cofradías. En un inicio, en el seno de comunidades religiosas y posteriormente recuperadas por el espíritu inquieto de grandes creyentes de nuestro pueblo, que, ante la adversidad de terribles acontecimientos, no cedieron en su empeño de mostrar en culto externo esta manera de religiosidad popular.

Pero fue aquí, en los barrios, con sus gentes, en sus calles estrechas, bajo sus balcones, donde nacieron nuestras hermandades.

Barrios como el de la Victoria o los percheles y, como no, nuestro bendito barrio de la Trinidad.

Sí, mi barrio de la Trinidad, porque yo nací aquí, y sus calles no me fueron ajenas desde mis primeros años de vida. Nací cristiano en el año en que la Agrupación de Cofradías ya celebraba su 50 Aniversario, cuando todavía hombres de trono llevaban a la carrerilla a la Virgen de la Amargura, cuando los nazarenos vestían túnicas de damasco y...

Sí, nací aquí, aquí me bautizaron, en la Ermita de Zamarrilla, en la casa del Padre, en mi primer hogar.

Oficiaba el sacramento Don José Ávila Barbo, a su lado mi abuelo, Hermano Mayor de la cofradía, junto a él, mi padre y al otro lado mi abuela y madrina, a la sazón Camarera de la Virgen al igual que mi madre, en cuyos brazos, apenas salido de su vientre, me encontraba yo. Y al fondo, el Cristo y la Virgen en su camarín. Tras las aguas se me impuso el escapulario de la

Hermandad y por eso, desde entonces puedo decir, que yo nací zamarrillero en mi barrio de la Trinidad.

Pero no quiero que olviden esa imagen, ella sintetiza lo que fui y lo que sigo siendo. En ella podréis ver los tres grandes pilares de mi vida: la fe, la familia y mi cofradía. Todas y cada una de ellas entretejidas en fuerte lazo de unión. No podría separar cada una, todas estás en mí y yo formo parte de todas ellas.

Por eso, este humilde pregonero viene a definirse a sí mismo, a contar sus sentimientos, a expresar lo que corre por sus venas, en definitiva, a partir su alma en dos para mostrar lo que lleva dentro. Que no es más que un palpitar cristiano, de un corazón de hijo, que bombea sangre de rojo zamarrilla.

Y si a destaparme vengo, quisiera ahora hablaros de algo tan entrañable e íntimo como es mi familia.

Comenzaré por hablaros de mi abuelo, D. Federico del Alcázar y García. Muchos pudisteis conocerlo, y aunque mi perspectiva puede ser distinta, por el cariño que me profesaba, puedo asegurar de su valía como hombre, de su profesionalidad con sus pacientes, como hoy me consta. Pero sobre todo, de su espíritu cristiano, nervioso y valiente, decidido a llevar a lo más alto y mostrar a toda Málaga el esplendor de la cofradía de la Amargura. Él se rodeó y dio paso a la gente joven de esos tiempos, los abrazó y los llenó de ilusión para seguir adelante. Hizo partícipe a las mujeres, Y en definitiva, casi de la nada, sin medios y con coraje, nos dejó enseres, tronos, vinculaciones y orgullo. Nos dejó en herencia una gran cofradía, la cofradía de hoy, nuestra Hermandad de Zamarrilla.

Por eso hoy, erigiéndome en portavoz de todos los hermanos, quiero hacer un homenaje sincero a él y a todos los hermanos mayores que, desde los primeros pasos de la historia de esta cofradía, supieron llevar el estandarte de ilusión cristiana y cederlo a tiempo para su continuidad hasta nuestros días.

Pero mi verdadero amor por la cofradía, ese que continua en mi y ha podido mantenerse vivo incluso ante las vicisitudes de tantos años, se lo debo a mi padre. Él, desde su labor callada, en muchos términos desconocida por tantos y también silenciada por otros, supo transmitirme hasta el más profundo sentimiento por el Santísimo Cristo de los Milagros y por la Santísima Virgen de la Amargura.

¡Vosotros si sabéis cuantas conversaciones, cuantas historias y anécdotas jalonaron nuestra relación paterno-filial. Como se le iluminaba la mirada al rezarte o hablarte. Como fuiste su guía en todo momento y hasta el final. Como Te fue fiel hasta el ocaso de sus días. Como su fe en ti, Señor, fue el aliento en el que recostar su sufrimiento y el que nos hizo fuertes a los suyos. Él, a quien debemos tantas y tantas cosas muchos de los aquí presentes, fue en su hacer y su ilusión el mejor de los cofrades. Y además yo tuve la suerte de que fuese mi padre.

-Gracias por ser como fuiste, por ser el espejo de mi vida y hoy todavía mi rumbo. ¡Por ti y para ti, este pregón!

Pero esta cofradía tuvo la suerte de contar con grandes cofrades y, como no recordar a D. Salvador Pérez Arrebola. Con su imponente figura mandando Tu trono desde la campana, ¡Virgen de la Amargura! Cuantas oraciones mirándote a los ojos. Salvador, tu fuiste su guardián en las noches de Jueves Santo. Yo hoy he tenido la suerte de conocer a algunos de los tuyos y tratarlos, solo espero haberlo hecho con tanto cariño como tu la cuidaste a Ella.

Y entre esos grandes hombres conocía D. Carlos Roldán, persona entrañable y singular. Respiraba resoplando. Yo, como médico os digo que resoplaba porque, de tan grande corazón no le quedaba sitio a los pulmones. Yo tuve la suerte de salir contigo como Jefe de la Sección de la Santísima Virgen en tu último año de nazareno. Fue la única vez que vestí túnica roja y me siento orgulloso de ello. Por todo y mucho más, gracias.

Como olvidar a D. Antonio García de la Rubia. Muchas conversaciones tuvimos sobre nuestro Cristo en tantas ocasiones en que nos encontramos. Cuantas veces en comidas de hermandad, en la feria o en la Ermita. Un año, siendo muy niño, me regalaste un llavero del Cristo, aquello fue para mi uno de los mejores regalos de mi infancia y hoy todavía lo guardo. Antonio, sabes que te llevo en el corazón.

Pero no puedo olvidar a quien fue grande entre los grandes cofrades de Málaga. Aquel que llenó de jóvenes su cofradía. De cuya mano muchos conocisteis a nuestros Titulares e intentasteis amarlos como solo él supo.

De su entusiasmo y espíritu incansable todavía hoy me hablan y a sus amigos sigo encontrándome allá donde vaya.

Me refiero a Sebastián del Alcázar.

Yo no tuve la suerte de conocerlo en persona, pero siempre estuvo en las conversaciones de casa.

Muchos de los grandes logros de esta cofradía se los debemos a él y a su carácter alegre y luchador, símbolos del mejor espíritu cristiano.

-Fuiste y seguirás siendo Mayordomo Perpetuo del Santísimo Cristo de los Milagros y a sus pies, orgullosos, seguimos portando tu martillo cincelado.

Son muchísimos los hermanos de esta gran cofradía que serían dignos de recordar en un momento como el que nos trae. Algunos en el recuerdo de todos o protagonistas de nuestras conversaciones. Para todos mi recuerdo más cariñoso.

Pero hoy quiero ensalzar la labor callada de otros hermanos nuestros, la labor de esas madres y esposas, como las mías, que desde su generosidad y su comprensión, desde su apoyo y en ocasiones soledad, hacen posible que muchos otros podamos dar ese paso al frente y seguir adelante esta vida cofrade, mientras ellas saben dar continuidad, en sus hijos y nietos, a esta bendita tradición cristiana.

Durante mi vida en la cofradía, muchas veces tuve la suerte de estrechar fuertes lazos de amistad que germinaron en no pocas

ocasiones en las filas de la Sección de la Virgen. De ellos recibí su abrazo sincero y la oportunidad de servir a la cofradía y tenerlos cerca.

Cuantos buenos ratos de albacería con ese gran hombre a la cabeza, Pepe Carrillo y su maravilloso grupo de jóvenes, entusiastas y grandes conocedores de los entresijos de la cofradía. ¡Cuantas veces colocando con ellos Tu manto con sus tirantas, Virgen de la Amargura! Cuantas tardes y noches ideando un altar para los triduos! ¡Cuantas horas limpiando plata entre risas y bromas, conversaciones íntimas o sin sentido! Pero siempre juntos todos nosotros, empujando desde abajo para ensalzar nuestra cofradía. Siempre unidos en espíritu de armonía, unas veces en la casa hermandad o la Ermita, otras en algún bar perdido de Málaga, pero siempre, siempre en pro de la hermandad.

Nunca podré olvidar como en esos años me disteis la oportunidad de ser yo quien con toda la delicadeza y cariño restaurara en su limpieza la talla del Santísimo Cristo de los Milagros. Entonces al quedarme a solas con Él, en la penumbra del templo, mis recuerdos volaban a esos que otrora situaban a mi abuelo a Sus pies, y recordaba aquel poema:

Sobre un amplio panel de terciopelo
yace exánime Cristo, mansamente.
Recio varón, en esta tierra ardiente,
que ha caído de las manos del Cielo.
A sus pies, de rodillas, silencioso
un hombre cumple ritos ancestrales,
enjugando sus carnes celestiales
con el deleitoso amor del que es dichoso.
Pues su ser que en los tiempos más crueles,
abrazó con gran fe el duro árbol,
gozará algún día de las mieles
del que sigue la ruta del Calvario.
En cuya cima se hallan los placeres
de mirar a Jesús de los Milagros
que una tarde aliviase de las hieles.

Tuve otros amigos en mi niñez cofrade, hermanos de Zamarrilla con los que todavía hoy me unen lazos de amistad y hasta familiares. En aquellos años jugábamos a aprender, todo nos sorprendía y nos ilusionaba. Lo mirábamos todo con la curiosidad infantil y preguntábamos sin descanso. Y sin darnos cuenta nos íbamos haciendo, cada vez, un poco más cofrades.

Pero yo he tenido la suerte de poder vivir esa amistad con muchos otros cofrades de otras tantas cofradías y aprender otras maneras de hacer las cosas. Amigos de la cofradía de los Estudiantes que tantos años me permitieron unirme a su canto de juventud portando al Coronado de Espinas y formando parte de su Junta de Gobierno. Del Sepulcro que me honraron haciéndome Hermano Honorario y de otras tantas cofradías donde me siento orgulloso de contar con grandes amigos. Pero la mía es esta, aquí es donde tengo mi razón de ser y existir, donde me siento yo mismo y tengo mi corazón entregado. Y digo bien, porque si aquí he tenido muchos grandes amigos, también encontré el amor de mi vida. Con nuestro matrimonio se unieron dos familias cofrades de esta hermandad, ellos de la Virgen de la Amargura y nosotros del Cristo de los Milagros, que son amores distintos.

Pero déjenme que les cuente una anécdota. Paseábamos, un día, mi mujer y yo por el parque de Málaga camino de la cofradía, cuando soñábamos en voz alta sobre tener hijos. De repente nos surgió la duda del millón, ¿qué túnica llevarán, del Cristo o de la Virgen? Y muy seria me dice mi mujer:

- ¡Hombre!, es que mi familia somos de la cofradía de toda la vida. Y sin poder dejarle terminar su argumento contesté:

- ¡vamos que nosotros somos de la Esperanza!

Y es que estas cosas o se dejan claras desde el principio...

Pero es que los cofrades somos así, ¿que le vamos a hacer?

Todas esas personas que han sido referentes, amigos y compañeros a lo largo de mi vida cofrade, unimos estos vínculos, a veces desde la discrepancia, otras desde la total sintonía, bajo el amparo de la Ermita de Zamarrilla. Lugar entrañable donde los

haya. Entre sus muros han nacido generaciones de cofrades y sigue siendo símbolo de respeto, unidad y fe.

Algunos tuvieron a gala nombrarla Catedral de la calle Mármoles o vieron en ella el relicario que guarda a nuestros Titulares, o hablaron de su alma. Y hay quien la ubicó en el mismo centro de la Málaga cofrade. Suscribiría todas y cada una de sus palabras, pero yo os diré que la Ermita es la casa siempre abierta de la Madre, refugio de sus hijos, donde una Virgen de leyenda nos abre, cada día, de par en par, las puertas de Su corazón adorable y nos dice: hijos de Málaga, no sufráis ni lloréis, ¡venid pronto a mi casa!

Permitidme que os lleve ahora a vivir conmigo un Jueves Santo, pero no uno cualquiera, el Jueves Santo de mis recuerdos y emociones.

Ese Jueves Santo comenzará en la mañana. Yo siempre lo asociaré a esos traslados de mi niñez, aquellos que eran preámbulo de una esplendorosa procesión en la noche. Con ellos, ese día, el barrio estaba despierto desde el alba. Las campanas de la Ermita llamaban a rebato y las calles se llenaban de gentes, devotos y curiosos, hermanos y otros cofrades expectantes por el sublime acto.

Desde horas tempranas, algunos soldados de caballería, con uniformes de lanceros, hacían guardia a los Titulares dentro de la Ermita. Y llegaban bandas de cornetas y tambores del Arma y la tropa formaba en la calle. Y con ellos capitanes, coroneles y más tarde generales, que para eso son Hermanos Mayores Honorarios. La emoción iba creciendo por momentos...

Recuerdo que, por aquel entonces, aquello era divertidísimo para un niño como yo.

Militares por todas partes con sus galones y estrellas. Toques de trompeta, parchas militares que sonaban una y otra vez mientras pasaban revista a la tropa. Primero los coroneles, luego los generales y por supuesto, los ministros que, por aquel entonces, acudían cada año.

Mi abuelo los acompañaba en los honores y, en medio de todos, yo, dando más paseos que nadie arriba y abajo, más contento que unas pascuas.

De todo ello quedan fotos en las que, como no podía ser de otra manera, estaba yo, como siempre, tirándome de unos pantalones que me picaban.

Pero como os digo, la emoción iba creciendo entre las gentes, nerviosas por ver la salida de las imágenes. Por poder mirarlas a la cara y rezarles desde el susurro o desde el desgarró de una saeta.

Y es que la emoción es tan grande en esos momentos, que un nudo se hace en la garganta y el frío se apodera de todos los rincones de tu cuerpo.

Pero al verlos, al poder mirar a la cara al Santísimo Cristo de los Milagros, cuando la paz de su rostro embriaga tus sentidos, entonces el alma se serena y solo quieres pedirle perdón. Perdón por tener que padecer de esa manera, por no haber sabido o querido evitar nuestros pecados a tiempo.

Y llevando Tu Cruz sobre los hombros, sentimos aliviar tu sufrimiento. Y desde ese momento no te querríamos soltar nunca. Querriamos acunarte y mecerte hasta dejarte dormido, hasta que no pudieras sentir la carga de nuestras culpas.

Luego vendrá la Madre, dulce y delicada. Y al tiempo, Madre de coraje en Tu Amargura.

Y sales de tu Ermita a hombros de hermanas de la cofradía que, como buenas hijas, saben como cuidar a quien tanto solicitan.

Y la llevan con la fuerza del entusiasmo. Y la mecen con el cariño acompasado de sus pasos. Y la elevan a lo más alto, como queriendo tocar el cielo malagueño.

Porque están llevando, orgullosas, a su Virgen de la Amargura, la pequeña, la de la rosa en el pecho. ¡Que a ellas la zamarrilla, a ellas, nunca les pesa!

Ya va a ser Tu segundo año en este día, Señor del Santo Suplicio. Y todavía seguimos sin verte cruzar el puente y recorrer las calles de Málaga.

Tu, Jesús el joven. Joven por ser el último en salir de las gubias de Paco Palma. Joven por tener la devoción de los de Tu edad y

por Tu inexperiencia en la Semana Santa. Espero que entretanto seas procesionado en la Semana Mayor por las calles de Málaga, los cofrades sigamos dándote culto externo en este importante día para nosotros.

Muchos sueñan con verte en Tu trono, rodeado de faroles, recorriendo esas calles y despertando la devoción de Tus hijos. No se si será en Jueves Santo, Domingo de Ramos o Lunes, pero cuando llegue la hora, espero poder estar allí para rezarte como el poeta:

¡Qué amargo miedo ha quebrantado el filo
de tu entrega total, que nube oscura
ha brotado el perfil de tu figura,
que ya no encuentra compasión ni asilo!

Velad, dijiste, mientras yo vigilo,
pero el sueño es humana ligadura
y ante la soledad que te tortura
toda tu humanidad se ha puesto en vilo.

Sin una mano amiga que te acoja,
que pueda consolarte y sostenerte;
fue natural tu queja y tu congoja,
solo el Suplicio preside este momento
que has de sufrir completo hasta la muerte
sin un reproche y sin un lamento.

Y las imágenes llegan a sus tronos. Antaño en los “tinglaos”, hoy en la casa de hermandad.

Recuerdo cuando se puso su primera piedra y como se alzó ante nosotros para mejor hacer de nuestra cofradía y dar cabida a enseres y al resto del patrimonio.

Podemos recordar los tinglaos desde la nostalgia, pero aquellos como esta, son, simplemente, formas más o menos sofisticadas de poder levantar nuestros tronos. Tanto unos como la otra serán el reflejo del alma de quienes los habitaron.

Y el medio día se va y llega la tarde...

Mis pasos se encaminan hacia el Templo.

Y en los Oficios hacemos recuerdo de la Última Cena como prelude de la tragedia.

Siempre fue y sigue siendo el alto en el camino que me dirige a la Ermita. Siempre lo hacía con mi padre. Permitidme relataros la primera vez que no fue así:

Por callejuelas recoletas de mi tierra
los pasos me dirigen a u encuentro,
el crudo helor se apodera de mi adentro
temiéndome un Calvario que me hiera.
¡Beberme yo ese cáliz no quisiera!
Refugieme contigo, ¡Fuiste el Centro!
Y en medio yo, mi Cruz y el desencuentro
Desgarrando mi alma como fiera.
¡Déjame verlo, Señor! Que aunque no quiera
Robarlo de tu lado yo esperara
Y aunque no fuera mío, lo tuviera.
Bondad tan grande, Dios, yo no creyera
Que aunque sin mucha fe mi alma rezara,
Surgió el Milagro y en su faz lo viera.

Fue así como pude ver el rostro de mi padre reflejado en el del Cristo de los Milagros en la noche del Jueves Santo del año más triste de mi vida.

De pequeños, recuerdo como nos llevaban a mis hermanos y a mí a la ermita. Al Principio para vestirnos en casa de la guardesa, entonces Paquita, mujer entrañable. Y años más tarde desde calle Especerías. Pero siempre vestidos con todo rigor y, por supuesto, con el cingulo a la izquierda.

Allí nos asignaban a Manolo Mezcuca. Él, en su histerismo acrecentado en el discurrir del largo día, que en su caso comenzaba al alba, ya no se aguantaba ni a sí mismo. A esa hora todos lo buscaban para distintas cosas.

Me viene a la memoria cuando le pedían sandalias, que entonces las llevaban todos los nazarenos. Llegaban a unas cajas donde estaban amontonadas y se probaban unas cuantas, al cabo de un rato salían con un par. Lo que no entendía era porque todas eran del mismo pie. Pero la verdad es que no tuve valor para preguntárselo, que el pobre de Manolo no estaba para cosas de niños.

Y llegaba el momento de la salida.

¡Cuantos agobios para montar las secciones! Sobre todo la de la Virgen con tan solo diez minutos para el caso. Por eso, durante los años en que fui Sub-Jefe de Procesión, me propuse arreglarlo y hacer de las filas de penitentes una procesión de principio a fin, y con la inestimable ayuda de los Mayordomos y Jefes de Sección de esa época, todo aquello fue posible.

Y comienzan a salir los nazarenos de una ermita en penumbras. La Cruz guía a la cabeza, esa que con donaciones de plata, de no pocos hermanos, pudo hacerse para ser joya de la orfebrería de la Semana Santa de Málaga. Bastones y báculos, mazas, bocinas y estandartes, penitentes y monaguillos...

¡Ya está la procesión en la calle!

Frente a la puerta de nuestra casa hermandad forma la banda de música, la banda de Zamarrilla. Orgullo de nuestra hermandad. Imagen grandiosa de lo que somos en su profesionalidad y buen hacer allá donde vaya.

Ellos son el verdadero semillero de los nuevos hermanos de la cofradía. Son el actual alma de la hermandad. En sus manos está el futuro.

Debéis ser conscientes de ello, de lo que sois y de lo que podéis ofrecerle a vuestra cofradía. Yo os animo a seguir siendo sublimes en vuestro hacer y que os involucréis en la vida de la que ya es vuestra cofradía. Que sigáis el camino que otros comenzaron para hacer a vuestra hermandad grande entre las grandes. ¡Vosotros tenéis la palabra!

Y tras el Señor, que al son de marchas de tambores y trompetas ya enfila el puente de la Aurora, María Santísima de la Amargura Coronada, en su trono de filigrana de plata es alzada en hombros por sus portadores que, orgullosos, la llevan en volandas entre gritos de viva y acordes del Himno Nacional.

El público enfervorecido y con el corazón en un puño, no quita la vista de la Virgen chiquita, la de la rosa en el pecho, la más bonita de Málaga.

¡Que estamos en Semana Santa y Zamarrilla está en la calle!

¡Ya es Jueves Santo señores!

Y en el camino hacia el centro una mujer enjuta se aproxima a los varales y mirándola con ojos llorosos le reza:

“No aumentar su desventura
por Dios, llevarla con tiento,
que a M^a de la Amargura
puede deshojar el viento
porque es una rosa pura”

Entre tanto la noche avanza y el Cristo de los Milagros está entrando en la Alameda. Ese templo vivo de ramas abrazadas de árboles centenarios que se afanan por acariciar el Madero Santo. Tus portadores te llevan arrastrando los pies y a tu paso solo se oye el susurro del rezo de tu pueblo suplicante. No hay toques de campana, ni música ni tambores, que Cristo no necesita nada de eso. Las gentes se levantan a Tu paso, que no hay corazón que no se remueva al verte y sufra por Tu muerte. Y así lo expresó el poeta:

“ Y dando una gran voz, último grito
que asegura cumplida tu jornada,
murió Jesús y en su postrer mirada
un destello lució de lo infinito.

Dimas le implora con fervor contrito,
Gestas lo insulta con palabra airada,
Cristo se lleva el alma perdonada
y reclama Luzbel la del maldito.

No esperes al final, que confiado
puedes perderte en las profundas simas
en que Gestas cayó, cada pecado
puede ser al momento perdonado,
pero para salvarse como Dimas
necesitas morir con Dios al lado.

La cabeza del cortejo está entrando en calle Larios. El público espera ansioso su llegada, es momento de venias. Las venias de Zamarrilla, cuantas y que diferentes todas ellas, pero siempre singulares en nuestra cofradía. Desde aquellas en que todos los mayordomos del centro de procesión y las insignias las solicitaban o esas otras con bengalas. O en los años 60 en que se repartía a la presidencia una “venia” que explicaba pormenores de la cofradía y anunciaba nuestro desfile. Yo recuerdo la primera vez que subí a pedirla. Era muy pequeño, apenas seis o siete años. Me dieron, unos días antes, una frase que

debía aprenderme... me parecieron tan difíciles las palabras, que todavía, a día de hoy, creo que aquello no era cristiano.

Y la calle Larios se tiñe del color grana Amargura, como extensión del manto de su Virgen, en hemorragia de dolor por las calles de Málaga.

La Virgen que tiempos atrás se viera desde los altos balcones a través de su palio de malla de oro. Malla de oro de una reina, de la reina coronada por los corazones fervorosos de sus hijos, exaltados al poder ver a lo lejos el destello de su candelera encendida. Y se aproxima al son de marchas de coronación. Y sus portadores sacan fuerzas de flaqueza y la mecen y la llevan a pasito corto. Y desde un balcón un corazón turbado por la grandeza del momento le canta:

“Entre lirios y claveles
Florece una hermosa perla
¡mecerla, por Dios, mecerla!
Que es tan hermosa y tan pura
La Virgen de la Amargura
Que el alma se parte al verla”.

Mi primera salida procesional fue de una punta a la otra de la tribuna principal. Mi abuela no salió de su asombro: ¿como un niño tan chico puede estar a esta hora tan despierto y tan contento vestido de nazareno? Y es que ya llevaba un año y medio de cofrade.

De repente, como de la nada, entra el Santísimo Cristo de los Milagros en la Plaza de la Constitución. Tan solo el sonido de unos tambores sordos rompen el silencio que ahoga las respiraciones. ¡Cristo ha muerto!

Y en ese silencio surge una voz ronca que nos dice como el poeta:

No me mueve mi Dios para quererte
El cielo que me tienes prometido
Ni me mueve el infierno tan temido
Para dejar por eso de ofenderte.
Tu me mueves, Señor, mueveme el verte
Clavado en esa cruz y escarnecido,
Muéveme el ver tu cuerpo tan herido
Muéveme tus afrentas y tu muerte.
Muéveme en fin tu Amor de tal manera
Que aunque no hubiese Cielo, yo te amara
Y aunque no hubiese infierno, te temiera...
No me tienes que dar, porque te quiera,
Pues aunque lo que espero, no esperara,
Lo mismo que te quiero te quisiera.

Y vendrá después calle Granada, Y las demás hasta el encierro.
¡cuanto pesas ahora, Dios mío! Como recuerdo a mis compañeros
de varal.

A esas alturas no había cabida para las palabras, solo seguir
adelante mirando al frente, mientras se hacía más patente el peso
de nuestros pecados sobre los hombros.

Y en Carretería, calle de mi infancia cofrade. Allí parecía que los
metros no pasaban. Y en esa mirada a momentos del pasado, me
vienen imágenes de todos nosotros, pequeños nazarenos
arrastrando nuestros diminutos cuerpos en el cansado regreso. Y
entre todos recuerdo con cariño a uno de ellos, el más trasto y el
más gracioso. El ingenio llegaba hasta tal punto que era capaz de
desmontar su bastón sobre la marcha, para tener que sentarse un
rato a repararlo. Pero a decir verdad, a él no le faltaba cara para
levantar a alguna señora de su asiento para ocuparlo él, que estaba
más cansado.

La verdad es que en el fondo era el más entusiasta de todos.

Y llegamos a la tribuna de los pobres, ese lugar tan malagueño donde el dolor se vive en el bullicio y las palmas. Y sus vivas son oración devota de un pueblo sufriente.

Y cuando pasa el Cristo, ese pueblo se olvida de sus penas y le regala al Señor su emoción y su cariño. Y luego se llena de fervor y se apasiona con su madre, su Virgen de Zamarrilla, y le gritan y le aplauden mientras una saeta se abre camino entre el clamor de su pueblo:

“Como una estrella de oro
Reluce en la noche oscura
Envuelta en su manto grana
La Virgen de la Amargura”.

Y llegamos a la Aurora, a su rampa y a su curva, la de los hombres valientes, la del paso acompasado, la que nos funde a mayordomos y portadores en un íntimo abrazo de hermanos orgullosos por a ella que solo saben dar el Cristo de los Milagros y la Virgen de la Amargura.

Señor, desde niño tuve la suerte de poder rezarte mirándote a la cara durante la procesión. Entonces me acercaba a tu trono y eran otros quienes me alzaban a tu campana para poder tocarla. Ahora me permites seguir allí, junto con mis compañeros mayordomos, para cuidar de Ti y de tus hombres de trono. Y como si de un rito se tratara, acercarme a tus varaes para golpear con firmeza el bronce despidiendo en cada sonido una oración vibrante en la noche que eleve tu Cruz como signo de victoria sobre las almas de tus hijos malagueños.

Y ahora permitidme un cambio de itinerario que, como dicen que soñar no cuesta, quiero llevaros de vuelta por la Trinidad.

Sueño con volver un día por sus calles, con sus balcones llenos de colgaduras y la gente agolpada en la calle y arropándonos desde los balcones. Y al paso de los tronos, saeteros, que anuncien que va llegando el encierro y que canten con el alma y las gargantas desgarradas que digan:

“Jesús, que pasas inerte
Sobre un pesado madero.
Yo viendo tu horrible muerte
Quiero, Señor, ofrecerte
Mi dolor triste y sincero”

Y aquella otra que dice:

“¡Amargura, quién pudiera
Al volver a Zamarrilla,
Bajo la luna lunera
Arrancar de tus mejillas
Dos rosas de primavera!

Pero esto son cosas de sueños, sueños que podrían darse en un futuro, quien sabe.

Sueños como los que tengo de una cofradía mirando al futuro, un futuro que no es solo el de las nuevas tecnologías para llegar mejor a los hermanos, ni es solo el sueño de grandes enseres acordes a nuestros tronos, ni podría limitarse a ese palio de malla tan deseado o en su momento, un gran trono para el Santísimo Cristo.

No, no es solo eso, la cofradía que sueño es una hermandad abierta a todos, donde no existan las exclusiones. Donde los mayores deberíais seguir siendo custodios de nuestras tradiciones para mantener nuestra idiosincrasia y valores. Y los jóvenes aportar vuestra viveza, vuestras fuerzas e ilusiones, vuestras ganas de seguir luchando por llevar siempre a nuestra cofradía a lo más alto. A estar entre las grandes de Málaga, donde siempre hemos estado.

Somos una hermandad y mi sueño es que lo sea en toda su dimensión, cristiana y humana. Y que el Señor y la Santísima Virgen María nos guarden toda la vida.

Pero llega la hora del encierro, la hora de los recuerdos de todo un año. Donde las alegrías se convierten en penas y estas en las primeras en una hipérbole de sentimientos encontrados.

Y volverá mañana, mi Cristo de los Milagros al terciopelo negro de su catafalco y a su lado la Virgen de la Amargura que lo llora envuelta en luto.

Y volveremos a añorarlos otro día, mientras morimos, un poco, por dentro.

Pero llegará el día del triunfo, el día de la Nueva Vida, el día de la Resurrección. Ese día que en Zamarrilla se reza de esta manera:

“ ¡Virgen de la Amargura!, Capitana
Por la ofrenda del héroe que te adora
Pródiga de la sangre redentora
Que hace la blanca rosa, rosa grana...
Salvia, romero, menta y mejorana
Que el malagueño sol dora y colora
Canten humildes celestial Señora,
La luz de tu belleza soberana.
¡Capitana de Amor! ¡Flor de las flores!
¡Arca de la Alianza peregrina!
Tiéndenos, Madre, tu purpúreo manto,
Cura, estrella del mar, nuestros dolores
Con el milagro de tu faz divina
Con el sol y la sal que hay en tu manto.

Se extinguió la luz del último cirio. Esta es mi cofradía del alma.
Así ha sido y así será hasta el fin de los tiempos.